

CAMBIO SOCIAL Y EDUCACIÓN EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

*Francesc Raventós Santamaría**

I. EL CAMBIO: NUEVO EJE VERTEBRADOR

Según indican algunos sociólogos, los conflictos y cambios sociales suelen ser el resultado de un desequilibrio temporal en la cohesión de un determinado sistema social, debido en general a diferentes fuerzas disidentes, internas o externas, que persiguen el restablecimiento de un nuevo equilibrio.

De hecho, todos los conflictos, ya sean de ideas, de intereses, de pasiones, etc., se producen por la discordancia entre las tendencias o intereses de un determinado individuo o grupo y las imposiciones externas; discordancia que a menudo conlleva un estado de oposición de difícil resolución.

En el campo del Derecho hablamos de conflictos de jurisdicción, de competencias, de leyes, territoriales, jerárquicos... En Ciencias de la conducta como la Psiquiatría y la Psicología nos referimos al choque u oposición entre determinadas tendencias instintivas o afectivas que actúan de manera contradictoria, y que en una situación de descontrol pueden llegar a producir manifestaciones patológicas de tipo neurótico.

Centrándonos en el ámbito social y educativo tropezamos con diferentes conflictos sociales que se presentan como un proceso disociativo, es decir, de lucha, entre individuos o grupos sociales que, con objeto de lograr un determinado objetivo, buscan la aniquilación del «otro» o simplemente defenderse de las acciones contrarias.

* *Universidad de Barcelona.*

No obstante, a mi entender, la principal característica de los conflictos sociales es que no suelen presentarse en estado puro; es decir, habitualmente acostumbran a asociarse a motivaciones de orden económico, social, político, etc. Pensemos, por ejemplo, en los importantes conflictos raciales que sufre nuestro mundo a finales de siglo.

De hecho, a lo largo de la historia siempre ha habido cambios; lo que sucede ahora es que son muy diferentes debido fundamentalmente a dos razones: 1ª) a que muchos de ellos tienen un carácter irreversible, o sea que no resulta posible regresar al punto de partida o situación previa; y 2ª) a que, a menudo, ya no son de tipo local o de nuestro más inmediato entorno, sino que afectan a todo el planeta. Si admitimos como irrefutables estas dos características, parece incuestionable que el cambio haya de ser necesariamente el nuevo eje vertebrador de cualquier proceso educativo y, por tanto, de la educación.

Por otra parte, en diferentes momentos de nuestra historia podemos observar cómo el cultivo de la idea de cambio está estrechamente asociado al deseo de una transformación de la sociedad hacia un tipo de vida mejor, aunque ello pueda suponer determinados esfuerzos y riesgos.

Pero no olvidemos que en la práctica, cambiar se puede cambiar en muchas direcciones y sentidos. Y ello, en esencia, solamente expresa a priori un síntoma de vitalidad de la sociedad. De ahí, por ejemplo, que este macrocambio actual que implica hoy el término globalización se preste a múltiples interpretaciones y no necesariamente conduzca a unos efectos positivos y beneficiosos para todos, sino que podría asimismo generar un estado de indiferencia por la democracia, producir un culto por el individualismo hacia la lucha darwiniana para sobrevivir en nuestra sociedad competitiva, o provocar un aumento cada vez mayor de las grandes desigualdades, tal y como denuncia reiteradamente Naciones Unidas, etc.

No obstante, otras acepciones del concepto de globalización también podrían transportarnos hacia un mayor grado de autonomía y emancipación personal, y a acortar las distancias que conducen hacia un elevado grado de cohesión en nuestra sociedad.

II. CAMBIOS DEMOGRÁFICOS Y EN EL ENTORNO SOCIAL

Los rápidos procesos de cambio demográfico y social son profundos y complejos, y ejercen una trascendental influencia sobre las personas y grupos, y deberían asimismo desempeñarla sobre la educación.

Todo parece indicar que España e Italia tienen hoy los índices de natalidad más bajos de Europa, cuando curiosamente hace tan sólo dos décadas que España gozaba de una de las más altas tasas de fecundidad y de crecimiento demográfico europeo.

Pocos hijos, envejecimiento de la población y migración son a mi entender los cambios demográficos más significativos en nuestra sociedad.

Por otra parte, la sociedad se encuentra cada vez más dividida en diferentes grupos de edad, generando con ello una gran confusión de roles y protagonismos en escenarios cada vez más complicados donde el desconcierto y la incertidumbre pueden paralizar o frenar cambios necesarios. Y en medio de una clara tendencia al cambio social, aparecen continuamente un mayor número de necesidades educativas: el aprendizaje para toda la vida, nacido a principios de los años 70, se está convirtiendo ya afortunadamente en una realidad.

Entiendo que en la medida en que seamos capaces de superar patrioterías y algunos militarismos estériles estaremos más en condiciones de abordar los auténticos problemas sociales y educativos del siglo XXI, tales como el conocimiento, los derechos humanos, la responsabilidad social sobre el bienestar de las personas —y por tanto, la protección social—, la redistribución más equilibrada de la riqueza, el mejoramiento de las organizaciones internacionales —gubernamentales y no gubernamentales (ONGs)—, la coordinación entre países y/o grandes regiones, y, en fin, un largo etcétera que nos acerque a un mundo relativamente mejor, más justo, más asistido, más libre y más humano.

Nunca en el pasado, según el Informe Anual del Fondo de Población de las Naciones Unidas, ha habido tantos jóvenes en el mundo como ahora. Son más de mil millones entre 15 y 24 años de edad. Y en nuestra sociedad, son los jóvenes —a los que no acostumbramos a escuchar en demasía— quienes deberían participar más en el diseño del mundo del siglo XXI y quienes tienen que afrontar hoy muchos de los conflictos sociales de nuestro entorno. Y ellos, frecuentemente, con vitalidad y abertura a la realidad suelen abordar con altas dosis de pragmatismo sus problemas para encontrar un puesto de trabajo y para lograr una cierta autonomía económica.

Ciertamente, si hace tan sólo tres décadas —mayo del 68— éramos los jóvenes de entonces quienes no aceptábamos el sistema, ahora, en 1998, es el sistema el que no acepta a los jóvenes.

III. CAMBIOS POLÍTICOS Y ECONÓMICOS

En un mundo cada día más complejo y más incierto, el fenómeno de la globalización, de carácter progresivo y galopante, no ha hecho más que empezar. Pero, con frecuencia, las leyes y los datos estadísticos nos expresan unas circunstancias y la realidad social, otras diferentes. Y la realidad suele ser conflictiva y, por supuesto, es cambiante.

Federico Mayor Zaragoza —Director General de la UNESCO— apuntaba hace algo más de dos años que actualmente la mayoría de los países más avanzados son aquellos que detentan los presupuestos de defensa más bajos. Citaba a modo de ejemplo, Alemania, Japón y Costa Rica. Siguiendo este razonamiento, entiendo que a las puertas del siglo XXI los países que dedican presupuestos de defensa muy elevados no pueden destinar los fondos necesarios para la educación y el bienestar social. Si Naciones Unidas pudiera garantizar la seguridad internacional, podrían reducirse de manera ostensible las inversiones en armamento y ejércitos, y simultáneamente aumentar las inversiones en bibliotecas, laboratorios, profesores y universidades. No olvidemos que la educación es cada vez más cara, y como ha indicado el profesor Coombs en repetidas ocasiones: *«una educación cara puede no ser buena, pero una buena educación nunca es barata»*.

Por consiguiente, uno de los principales cambios políticos y económicos que deberíamos llevar a cabo es el de invertir un porcentaje considerable del PIB de los países con mayor fortaleza en sus sistemas financieros hacia aquellos países más débiles que tienen enormes masas de personas que mueren de hambre y de extrema pobreza. De lo contrario, todo parece indicar que los movimientos migratorios masivos serán extraordinarios. En este sentido podemos afirmar que España es cada vez más un país de hijos únicos y de pateras. Y, por supuesto, las grandes diferencias sociales no deberían aumentar cada vez más. Por ello, entiendo que los problemas del mundo no pueden solucionarse únicamente con una economía de mercado. Y quizás, las crisis y turbulencias de organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional deberían invitarnos a un

nuevo replanteamiento y diseño del sistema financiero en el mundo, desde sus más elementales cimientos.

En cuanto a la educación, era considerada hace unas décadas como un gasto; posteriormente fue una inversión económica y hoy, más que nunca, debemos entenderla como una inversión humana, personal y social, para toda la vida. Desde esta perspectiva, el concepto de desarrollo ya no puede identificarse o asociarse al de desarrollo económico, sino al de desarrollo humano. Así, por ejemplo, un país cuya legislación posibilita y permite la pena de muerte es un país con un importante indicador de subdesarrollo. E igualmente, una sociedad con gran número de conflictos y delitos de racismo debería ser considerada hoy como una sociedad subdesarrollada.

A mi entender, no puede ser —como publicaba recientemente el Informe del PNUD— que las 225 personas más ricas del mundo acumulen la misma riqueza que los 2.500 millones de personas más pobres, el 47% de la población mundial. Y deberíamos pensar que tan sólo 2 años antes, en 1996, habríamos necesitado sumar las fortunas de las 358 personas más ricas. Y no puede ser que una niña o niño de un país rico consuma a lo largo de su vida lo mismo que consumen 50 niños y niñas de un país pobre. Evidentemente estas cifras pueden ayudarnos a pensar que nos hallamos ante un artefacto explosivo que cada día aumenta y que, obviamente, acrecentará los conflictos, la violencia y la radicalización. Quizás no se trata tanto de un problema económico como de un replanteamiento de prioridades humanas.

IV. CAMBIOS TECNOLÓGICOS Y LABORALES

Uno de los grandes retos de futuro en esta sociedad de la información y del conocimiento es, sin duda, el de las nuevas tecnologías, algunas de ellas de gran relevancia e impacto en el sector educativo. Y son precisamente las nuevas tecnologías las que podrían solucionar la falta de información y de conocimientos que sufren los países más pobres.

Vivimos junto a una evidente sobrecarga de información en la que la televisión, internets e intranets nos agobian cada día un poco más. Obviamente, lo que más nos debería preocupar en esta cuestión es cómo seleccionar la información. Y más, si tenemos en cuenta que potentes medios como la televisión nos siguen

tratando como minusválidos del intelecto, con muy poca estima por el desarrollo del juicio crítico, por la creatividad y por el trabajo diario y continuado hacia una educación permanente.

En este sentido, deberemos preocuparnos seriamente para que las nuevas tecnologías, que no son más que un apéndice de lo fundamental que es la inteligencia, no estén gobernadas por personas poco competentes y escasamente presentables. Es decir, personas que, según parece, pretenden edificar un mundo homogeneizante y global, que nos invite a pensar y a sentir a todos de una misma manera.

En España hay en la actualidad poco más de un millón de internautas y según está previsto dentro de una década, en el 2008, la cifra se situará entre 10 y 15 millones. Pero no olvidemos que hoy en nuestro planeta existen más de 100 millones de internautas y que esta cifra antes de 10 años sobrepasará los mil millones. Si nuestra sociedad no quiere vivir desconectada del mundo deberemos apresurarnos para depender cada vez más de la pantalla del ordenador y librarnos del grave analfabetismo que está empezando a generar el retraso o la marginación de las nuevas tecnologías.

Por otra parte, los cambios tecnológicos ejercen una intervención cada vez más decisiva en el ámbito laboral. El mundo del trabajo está cambiando en extremo; antes el trabajo tenía que dividirse; cada persona realizaba una labor y la suma de todas las tareas desarrolladas en la línea de producción era el producto. No era necesario entender el antes y el después del proceso. Quienes diseñaban no ejecutaban y los ejecutores no tenían que pensar y conocer el proceso. Se trataba de elaborar un mismo producto para el consumo masivo. Ahora ya no se produce para un mercado masificado, sino para mercados fragmentados que están sometidos a un cambio permanente. Todas las etapas del proceso productivo han de ser necesariamente dinámicas y todos hemos de actuar con inteligencia.

Y en un mercado laboral cada vez más móvil, la formación específica sólo es útil para hoy o para mañana. En consecuencia, la formación basal ha de servirnos para cambiar y crear una cultura de cambio constante.

En Europa, el tiempo de trabajo se tiende a calcular progresivamente en términos anuales y se extiende cada vez más el trabajo en horario nocturno, en fines de semana y en días festivos, aumentando ostensiblemente el trabajo a tiempo parcial, singularmente en la mujer. Así, llama la atención el caso de Holanda

donde prácticamente dos de cada tres mujeres trabajan a tiempo parcial, algo frecuente en la Europa del Norte y extraño en la Europa del Sur.

Sin duda, deberemos estar vigilantes a lo que se ha dado en llamar nuevos yacimientos de trabajo, pues todo parece indicar que nos encontramos en medio de un mercado laboral con amplios excedentes en viejas cualificaciones y, por supuesto, con importantes déficits en nuevas competencias.

V. CAMBIOS FAMILIARES. HACIA LA IGUALDAD DE GÉNERO

Las estructuras familiares en general y los roles de cada miembro de una familia con sus progenitores y descendientes han experimentado en pocos años cambios extraordinarios. Como indica el profesor de la Universidad de Sevilla, Vicente Llorent:

«La familia no es una categoría eterna e inmutable en el tiempo y en el espacio, sino una institución creada por individuos pertenecientes a una sociedad y sensible a las presiones del medio físico, económico y social en el que se desenvuelve. Su adaptación a la realidad que le rodea conforma un proceso en continuo reajuste. Los movimientos en pro de una mayor liberación de la mujer conforman la punta del iceberg de un proceso inconcluso en el que nuestro devenir histórico nos mostrará caminos seguramente insospechados» (LLORENT, 1996: 14-15).

Sin duda, la familia ha cambiado: ha cambiado su composición, han cambiado los vínculos —en ocasiones con más de una madre o padre— y ha cambiado singularmente con la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Llama poderosamente la atención el hecho de que mientras la institución familiar ha cambiado mucho en pocos años, la institución escolar, en cambio, es bastante parecida —creo que demasiado—, al menos en aquello que es esencial.

La familia es el primer agente educador y socializador, y es además en sí misma un motor de cambio social. Pero para cambiar uno tiene que estar convencido de la necesidad del cambio. Cada día hay un menor número de actividades conjuntas de toda la familia, al tiempo que el hogar se ha convertido hoy en un espacio de consumo y no de producción. Probablemente por ello, la mayoría de los conflictos se resuelven ahora lejos del hogar familiar. Otro cambio que podemos percibir en el ámbito familiar es el pequeño porcentaje, menos del 10%, de familias que acuden conjuntamente a la iglesia, cuando en nuestra sociedad sólo dos generaciones antes asistía la mayoría.

No obstante, el hogar familiar representa hoy la seguridad. En medio de un mundo lleno de diferencias, descentrado, disperso y con múltiples desplazamientos e intercambios, la familia puede ser un espacio para el respeto, el diálogo y la convivencia, en el que los más jóvenes nos ayuden a comprender el cambio y las innovaciones.

Sin embargo, tal y como me enseñó mi maestro y amigo el Dr. Alejandro Sanvisens —q.e.p.d.—, la revolución pendiente más importante es la de la mujer. En el Congreso Nacional del Servicio Español de Magisterio celebrado en 1942 se afirmaba: *«Las mujeres nunca descubren nada; les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar, mejor o peor, lo que los hombres nos dan hecho»*... Ciertamente que la situación ha cambiado enormemente en poco más de medio siglo, pero en ninguna sociedad actual existe plena igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Por supuesto, las mujeres más perjudicadas son las del tercer mundo. En este sentido, tal y como se indicó en la Conferencia sobre la mujer celebrada en Pekín en 1995, un auténtico reto de futuro consiste en alcanzar una proporcionalidad entre las funciones que las mujeres desarrollan y los beneficios que por ellas reciben.

VI. CAMBIOS EN LA EDUCACIÓN Y EN LOS CENTROS EDUCATIVOS

La educación hoy es muy compleja, es un mosaico de formación. Si existe hoy, a finales de nuestro siglo, una persona a la que podamos calificar de «formada», sin duda que se trata de alguien que sabe lo que precisa y que además sabe dónde puede encontrarlo. En consecuencia, ahora más que nunca necesitamos conocer lo que debemos hacer y, por supuesto, precisamos una formación permanente.

La educación no puede asegurarnos el éxito del cambio, pero sí que puede ayudarnos a crear las condiciones previas al mismo. La educación no puede ofrecernos un puesto de trabajo y tampoco puede igualar la sociedad, lo cual no significa que no deba procurarse.

Ante los grandes retos del siglo XXI necesitamos nuevos líderes para revolucionar la educación y los sistemas educativos y para convencer a la sociedad, dado que la mejor educación del ayer no va a resultar útil para afrontar el futuro.

En España y en otros países, en el pasado era frecuente educar en el miedo, en el temor y en la ignorancia; ahora afortunadamente, la situación es distinta. Se educaba en la aversión a todo aquello que procedía del extranjero; ahora dichosamente ya no es así. Pero como han señalado algunos pensadores, como por ejemplo el profesor Julián Marías, la ignorancia en España es demasiado grande. Entiendo que nos falta creatividad y que ante el nacimiento de los nuevos analfabetismos, necesitamos una auténtica alfabetización en todos los sentidos.

Sabemos que la educación es la base del futuro. En todo el mundo están soplando vientos favorables para la educación que fácilmente pueden proporcionarnos una entrada al nuevo siglo con gran euforia educativa. La educación ha de ser la gran prioridad del futuro; y por lo tanto, deberemos realizar un gran esfuerzo para aprender: aprender solos, aprender de quienes nos rodean y aprender también de los otros países y culturas.

Y si admitimos que la educación es el pilar del nuevo siglo, ello significa que hay que priorizarla frente a otras necesidades que a menudo son más rentables a corto plazo, pero menos determinantes en el futuro. Por esto resulta lamentable constatar que en general los medios de comunicación solamente acostumbran a analizar temas educativos cuando se trata de mostrar reyertas —a menudo estériles— entre partidos políticos.

Y para afrontar problemas como la escasa valoración social de lo educativo y, sobre todo, de lo escolar, nada mejor que planteamos un nuevo escenario global de la educación que nos ayude a comprender y relacionar la educación formal con la no formal e informal, y a comprender y relacionar la educación infantil con la primaria, secundaria y superior. Y en este nuevo escenario habrá que combatir la enorme ignorancia y desconocimiento que hoy podemos observar entre los diferentes agentes educativos, incluyendo a todas las administraciones educativas. En esta cuestión las empresas públicas y privadas están llamadas a tener un importante protagonismo en el futuro inmediato. De lo contrario, una fractura social y un contexto deteriorado poco deseable podría producirse si no mejora la valoración social de lo educativo y no se apoya debidamente a la educación, a sus profesionales y a los centros educativos.

En cuanto a la escuela, el cambio necesario le acosa por los cuatro costados. Las escuelas de hoy no pueden ser las del siglo XIX, cuando tenemos que aprender a leer y escribir en todos los lenguajes. Si queremos evitar el hundimiento de la escuela, habrá que agitar y revolver casi todo y a todos: contenidos, métodos,

edificios y espacios, y sobre todo la visión de la realidad, a menudo demasiado distante.

De la misma manera que es menos importante la información que la capacidad de obtenerla, deberemos llegar a comprender que es menos importante el conocimiento que la capacidad de construirlo. Habrá que ir pensando en un nuevo diseño de la escuela, quizás con mayores dosis de autonomía y dotando de mayor poder real a los profesionales de la dirección de centros educativos. Tal y como señala la OCDE los problemas de las escuelas son debidos a dos causas principales; no hemos estudiado cómo gestionar el cambio, y no somos capaces de hacer frente a los cambios de la sociedad. Sugiero que nos formulemos una pregunta elemental: ¿cómo podemos crear una cultura de cambio constante? Podría resultar clave aproximarnos más a las necesidades actuales y futuras de los jóvenes, tales como formación, trabajo y vivienda; de los adultos, en ocasiones demasiado anclados en determinadas tradiciones, planteamientos y hábitos; y de la tercera edad, cada vez mayor en número y en necesidades.

VII. ALGUNOS RETOS SOCIALES Y EDUCATIVOS PARA EL SIGLO XXI

Bajo el epígrafe de «*La escuela como encrucijada de culturas*» el profesor Ángel I. Pérez advierte en la introducción de su obra recientemente publicada:

«Como no podía ser de otra manera, los docentes vivimos en el ojo del huracán de la innegable situación de crisis social, económica, política y cultural que vive nuestro entorno al final del presente milenio.

Parecemos carecer de iniciativa para afrontar exigencias nuevas porque, en definitiva, nos encontramos atrapados por la presencia imperceptible y pertinaz de una cultura escolar adaptada a situaciones pretéritas. (...) acabamos reproduciendo las rutinas que genera la cultura de la escuela, al objeto de conseguir la aceptación institucional. Por otra parte, tampoco las fuerzas sociales presionan y promueven el cambio educativo de la institución escolar...» (PÉREZ GÓMEZ, 1998: 11).

Ciertamente el autor pone el dedo en la llaga sobre uno de los principales problemas en nuestras instituciones educativas: la inercia y las tradicionales fuerzas de resistencia al cambio.

Entiendo, en consecuencia, que precisamos de manera urgente una nueva arquitectura de la educación que sea capaz de coordinar los escenarios escolares con los no escolares; que sea capaz de reformar —y si cabe transformar— los objetivos, los métodos, los contenidos, etc.; que sea capaz de orientarse y encaminarse tanto a la infancia como a la juventud, a los adultos y a la tercera edad; que sea capaz de ocuparse además de quienes sufren minusvalías o discapacidades; que sea capaz de favorecer una auténtica igualdad de oportunidades; que sea capaz de...

Tal y como señala la Comisión Europea en el Libro Verde sobre *Vivir y trabajar en la sociedad de la información: prioridad para las personas*, en esta época de destrucción de empleo, de desempleo de larga duración y de obsolescencia de las cualificaciones, cuatro aspectos resultan hoy de capital importancia para mejorar la empleabilidad de la persona:

- sentar las mejores bases,
- pasar de enseñar a aprender,
- aprender haciendo,
- reconversión en lugar de obsolescencia de las cualificaciones (COMISIÓN EUROPEA, 1996: 20-21).

Desde esta perspectiva, conviene tender cuanto antes nuevos puentes con capacidad para relacionar elementos tradicionalmente aislados entre sí, y elementos nuevos generados por el cambio. Por ejemplo, crear nuevos espacios y vínculos interconectados que sean capaces de aglutinar y establecer nuevas relaciones entre educación y sociedad; entre escuelas y docentes y formadores; entre aprendizaje, multimedia y sociedad de la información; entre instituciones educativas e industrias y servicios; en fin, entre aprendizaje y empresa.

Por supuesto, la educación, en su más amplio sentido, y el conocimiento son y deben ser el basamento más esencial para producir nuevos bienes y nuevos servicios a la sociedad cambiante.

Quizás uno de los más importantes retos sociales y educativos con que deberíamos encarar el muy cercano siglo XXI sería el de un cambio de actitud, sencilla y magistralmente expresado por el eminente filósofo y premio nobel Karl R. Popper, quien nos deleitaba con su sabiduría y madurez con estas palabras:

«... mi tesis respecto al presente es que aquí en Occidente —ya sé que existe también un Tercer Mundo, en el que las cosas son muy distintas—, aquí en Occidente vivimos en el mundo relativamente mejor, más justo y más asistencial que ha habido a lo largo de la historia; vivimos en el mundo libre, en un mundo cuyos habitantes gozamos de las mayores posibilidades imaginables, en un mundo en el que podemos hablar libremente. Un mundo como no ha habido nunca hasta la fecha. Me gustaría añadir incluso que la bondad de este mundo nuestro ha sido en parte obra de los marxistas... Pero hoy día hay numerosos intelectuales que creen que vivimos en un mundo miserable. Y eso es lo que constantemente se les está contando a nuestros jóvenes, eso es lo que se les está restregando una y otra vez, eso es lo que se les inculca. Por supuesto que en nuestro mundo hay cosas buenas y malas. Sería absurdo afirmar que es imposible mejorarlo más. Nuestra tarea y la de los jóvenes es seguir mejorándolo; pero se trata de mejorarlo de verdad y no de empeorarlo. Si los jóvenes contemplan nuestro mundo desde la convicción de que es un ámbito miserable y repugnante, lo único que conseguirán será hacerse unos desgraciados —vivirán como unos desgraciados en un mundo maravilloso—; y como ilustración de tal aserto pienso en Austria. Además vivirán como unos ingratos en este mundo en el que tantas tareas hay que podrían llevar a cabo, en el que tantas cosas hay que se podrían mejorar, en el que tanta gente hay que sufre y necesita ayuda.

Esa es mi principal tesis: vivimos en un mundo que está bien, aunque los medios de información, los periodistas, los intelectuales, todos en suma crean que vivimos en un mundo horrible, e inculquen a nuestros jóvenes esta creencia» (POPPER y LORENZ, 1995: 146-147).

La cercanía del nuevo siglo puede resultar una ocasión inmejorable para reflexionar sobre cuáles serán los escenarios del futuro. Así, podría ser útil la creación de diversos observatorios que nos ayuden a esclarecer y prevenir la evolución demográfica, la del mercado de trabajo, la de los cambios y tendencias sociales, económicas, políticas, tecnológicas, educativas, etc.

En fin, una auténtica educación y cultura para el cambio social puede ser una estrategia fundamental para construir nuestro futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COMISIÓN EUROPEA (1996): *Vivir y trabajar en la sociedad de la información: prioridad para las personas. Libro Verde* (Luxemburgo, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas).

- LLORENT BEDMAR, V. (Coord.) (1996): *Familia y Educación. Un enfoque pluridisciplinar* (Sevilla, Departamento de Teoría e Historia de la Educación. Universidad de Sevilla).
- PÉREZ GÓMEZ, A.I. (1998): *La cultura escolar en la sociedad neoliberal* (Madrid, Morata).
- POPPER, K.R. y LORENZ, K. (1995): *El porvenir está abierto. Conversación de Altemberg y textos del simposio sobre Popper celebrado en Viena* (2ª ed.) (Barcelona, Tusquets Editores).

RESUMEN

A lo largo del artículo, el autor desarrolla un amplio conjunto de reflexiones basadas en el cambio como elemento fundamental de la educación y de la sociedad en el siglo que estamos próximos a iniciar. Se insiste desde diferentes perspectivas sobre el impacto y la trascendencia de los cambios ya existentes hoy y de los que se nos avecinan en un futuro inmediato, examinando a lo largo del trabajo múltiples factores de carácter demográfico, social, político, económico, tecnológico, laboral, familiar y de igualdad de géneros. Después de proponernos una serie de especulaciones sobre estos factores de gran incidencia en nuestro mundo actual, el autor aborda una sucesión de consideraciones sobre los cambios en la educación y en los centros educativos, con objeto de plantear diversas modificaciones y transformaciones, necesarias para encarar el futuro. Así, partiendo del cambio como nuevo eje vertebrador de la educación, concluye con algunas advertencias para evitar nuevos analfabetismos y afrontar los retos de naturaleza social y educativa del próximo milenio.

ABSTRACT

In this article the author develops a broad set of reflections based on change as the fundamental element of education and society in the century which is about to commence. From different angles, the impact and transcendence of the changes occurring today, and those which await us in the immediate future, are presented by means of examining multiple factors of diverse nature: demographic, social, political, economic, technological, labour, family and the equality of the sexes. After putting forward a number of speculations about these factors of great influence in the world of today, the author goes on to tackle a series of deliberations about the changes in education and in centres of learning, with the aim of suggesting different modifications and transformations which we will need in order to face the future. Thus, taking change as the new backbone of education, the article concludes with some cautions in regard to avoiding new illiteracy and to facing the social and educational challenges of the next millenium.